

merecido lo teníamos. Sí. Nuestra fué la culpa y bien está que también lo paguemos.

Necesario es que lo proclamemos. Sobre la conquista material está siempre la moral como sobre la materia está el espíritu y la conciencia. Así lo comprendió Legazpi y á resignados operarios de la grey evangélica tuvo por auxiliares y cooperadores en aquella magna empresa. El siglo actual con sus desvaríos é impiedad ha creído en todo lo contrario y confiado há en la fuerza material y despreciado la moral. ¿Y qué ha resultado de este cambio? ¿qué lo que nos resta y queda como consecuencia de esta variación? El desconsolador recuerdo de torrentes de sangre que han regado aquellas islas, lágrimas de infinidad de madres que lloran la pérdida de sus hijos queridos. Este ha sido el epílogo de aquella jornada.

La provincia de Guipúzcoa, reconoció los méritos de este ilustre conquistador. Ya en 1859 en las Juntas de Guetaria se honra su memoria y á súplica de las Juntas se recomendó á la Diputación que se colocase su retrato en la sala de sesiones de esta corporación. También Zumárraga le ha consagrado un recuerdo tan imperecedero como es el bronce en que se ha vaciado su estatua y el día 2 de Octubre de 1897 señalará una época en la historia de este pueblo. Reunidas en este día las representaciones de las cuatro provincias hermanas y en medio de inmenso gentío que presenciaba la ceremonia que se realizaba, se descorrió el velo que cubría la estatua que á la memoria del gran Legazpi se ha levantado en la plaza pública de Zumárraga. Así cumplía esta villa con un sacratísimo deber.

La estatua es una verdadera obra de arte que honra á su autor, el laureado escultor D. Aniceto

Marinas y á la casa Masriera pues la fundición es muy buena. El autor del pedestal es el joven arquitecto Sr. Moya. En dos de los lados hay dos bajo-relieves que representan episodios de la conquista y en los otros dos estas inscripciones:

A

MIGUEL LOPEZ DE LEGAZPI
CONQUISTADOR DE LAS ISLAS FILIPINAS
EN MDLXV

PRIMER LUGARTENIENTE DE LA MAJESTAD CATÓLICA
EN AQUELLAS APARTADAS REGIONES
ENÉRGICO, PRUDENTE, VALEROSO
LA VILLA DE ZUMÁRRAGA, SU PATRIA
AÑO MDCCCXCVII.

—

MIGUEL LOPEZ LEGAZPIRI
UGARTE FELIPETARRAK MDLXV
GARREN URTEAN IRABAZI ZITUENARI
JASO ZAYO OROIGARRI AU
DIERRI GUZTIAREN LAGUNZAREQUIN
ZUMARRAGAKO URIAN JAIOA
MDCCCXCVII.

La estatua está en actitud arrogante y expresiva. Tiene en su mano derecha la gorra y en la izquierda la empuñadura de la espada. El pié izquierdo está pisando un ídolo.

Para dar fin á estas líneas no encuentro palabras más adecuadas ni más expresivas que las que mi querido amigo D. Antonio Arzac, dedicó á Le-

gazpi en esta ocasión y con ellas cerraremos este capítulo:

Or Zumarragan, zure seaska
kulunpatu zan errian
gaur talluntza bat alchatu zaizu
mundu denaren aurrian:
t'Amerikatik ononz datozen
Itsaso brumen artian
¡beti ikusiya izango zera
Gipuzkoan eta Españian!

que traducidas dicen:

Ahí en Zumárraga donde tu cuna se meció, hoy á la faz del mundo entero una estatua se te levantó, y entre las brumas del mar que de América hasta nosotros vienen, contemplado siempre serás en España y Guipúzcoa,

Por lo que refiere á las armas de la casa Legazpi—Jáuregui, consta que el autor del «Epítome de los Señores de Vizcaya» D. Antonio Navarro de Larrátegui, Secretario que fué de Felipe III, solicitó en 1593 por testimonio del Escribano Domingo de Arámburu, autorización del Señor de la casa de Legazpi—Jáuregui para usar las armas y blasón de ella como biznieto de D.^a Catalina de Legazpi. Poseía á la sazón la casa de Legazpi D. Juan Martínez de Arriarán y Gauna, nieto de Pedro López de Legazpi, que fué á su vez hermano mayorazgo del conquistador de Filipinas. Al pedimento de Navarro de Larrátegui, contestó lo que textualmente copio: «dice que su casa de Legazpi es fundación antiquísima de cuyo principio no hay memoria y que la fundó un caballero, hijo de la casa de Balda y que él trae éste es-

te escudo; pero que por no ser dueño propietario de él no puede otorgarlo, debiendo acudirse al Señor de Balda.» Así lo hizo D. Antonio Navarro de Larrátegui, quien requirió en forma á D. Alonso de Balda y Cárdenas, señor de la casa de Balda y éste «le reconoció por descendiente de su casa y le entregó el blasón que són cinco bandas negras en campo de oro.»

Se conserva testimonio fehaciente de todo lo actuado en el archivo del palacio de Zubieta en Lequeitio, cuyo actual poseedor D. Mario Adan de Yarza, desciende de Legazpi.

Como el palacio de Legazpi recayó en la familia de Arriarán por matrimonio de D.^a Francisca de Legazpi y Gauna (sobrina de D. Miguel López de Legazpi) con Amador de Arriarán, alguno de los descendientes de éste le colocó el blasón de *Arriarán* que hoy ostenta cuya descripción se halla en el «Diccionario Heraldico» del Sr. Guerra. Por motivos análogos, alguna otra rama de la propia familia usó el escudo que bajo el nombre Legazpi—Jáuregui aparece en la citada obra, que está tomado del código titulado «Genealogias y casas solares» por el Conde de Lemos. ⁽¹⁾ Y también se menciona en las otras de D. Miguel de Salazar. ⁽²⁾

Por las mil vicisitudes porque pasa la historia de las familias, es muy frecuente ver que los descendientes de un linaje hayan usado diferentes blasones, bajo un mismo apellido y de ésto tenemos ejemplo en la propia casa de Balda, que ha sido de las que más variedades ha mostrado en sus distintos heráldicos. Así pues, sin poner en te-

(1) Sección de M. s. estante Z n.º 35 de la Biblioteca Nacional

(2) Estante C e n.º 489 de la misma sección M. s. de la Biblioteca citada.

la de juicio la autenticidad de los blasones, que por sucesivos enlaces se adoptaron en épocas posteriores, estimo que el escudo de Legazpi-Jáuregui en la época de D. Miguel López era el heredado del fundador ó sea «*cinco bandas negras en campo de oro.*»

El escudo que actualmente tiene la casa ó palacio Legazpi—Jáuregui en su fachada es completamente extraño al conquistador de Filipinas y pertenece á la familia Arriarán. (1)

(1) Hago aquí esta observación para que no venga á confundirse el blason de Legazpi con el que actualmente tiene en su fachada la casa palacio de su nacimiento en Zumarraga que como hemos dicho pertenece á la familia Arriarán y de paso me complazco en hacerlo constar así para que si alguno leyere en el original vascongado de éste trabajo la nota que incluyo poniendo en duda la autenticidad de las armas de Legazpi, tenga por sabido que aquella surgió á causa de no encontrar correspondencia entre las que explicaba el Señor Guerra en su Diccionario y las que aparecian en la repetida casa que yo creía eran las verdaderas. Igualmente me creo obligado á dar las gracias á mi distinguido amigo el Sr. Guerra, á quien debo los datos anteriores y otros muchos.





DISQUISICION
ACERCA
DEL PUEBLO DE NACIMIENTO
DE
LEGAZPI



HEMOS creído conveniente tratar este punto, de verdadera importancia por referirse á una de las glorias más indiscutibles del solar vascongado y más que todo con el fin de desvanecer las dudas que de algún tiempo á esta parte han surgido acerca de la patria de Legazpi.

Varios escritores de la región vascongada han tratado del asunto; unos con el conocimiento del que está en posesión de la verdad; otros con la desconfianza que inspira la duda; estos fundados únicamente en la autoridad, los otros en la tradición; la mayor parte fundados en razones de congruencia; pocos en pruebas positivas é incontrovertibles. Ni se crea que por eso quiera yo atribuirme el triunfo de haberlo conseguido. No. Comprendo la dificultad que en sí encierra la cuestión, y no es mi ánimo abordarla, hasta el extremo de que mi opinión haya de tomarse como decisiva en la materia; sólo quiero hacer constar la ligereza de las afirmaciones de los unos y la inconsecuencia en el modo de pensar de los otros, al

dar como cosa resuelta lo que todavía era del dominio de la controversia.

Empezando, pues, por lo que están por la negativa, diremos que Isasti afirma rotundamente en su «Compendio Historial de Guipúzcoa» que Legazpi nació en Legazpia. ¿En qué funda su afirmación? He aquí lo que no nos dice.

Iztueta dice también en su Historia (Guipuzkoako provinziaren condaira edo historia.) «Asimismo nació en esta villa (Legazpia) ó cuando menos tiene de aquí su origen el célebre General D. Miguel López de Legazpi, Conquistador de las Islas Filipinas.» (1)

Estos son los dos escritores que hacen de Legazpi, hijo del pueblo de su apellido. Desde luego el segundo de ellos, el Sr. Iztueta queda descartado de la cuestión, porque al tratar este mismo autor de la villa de Zumárraga, coloca entre sus hijos ilustres á Legazpi lo que nos da á conocer claramente, que surgió la duda acerca del pueblo de nacimiento del citado conquistador, pero en la duda optó por reputarle hijo de Zumárraga. Así á lo menos se desprende de sus palabras, cuando al incluirle entre los hijos de este último pueblo, lo hace afirmando, en tanto que al ponerle en Legazpia, establece una disyuntiva que se interpreta por la duda.

Pasemos ahora á examinar los fundamentos en que pudo apoyarse el historiador Isasti. Y conste que propongo por mi cuenta la cuestión, porque el autor citado se cuida muy bien de no hacerlo, contentándose con afirmar gratuitamente, sin fundamentar su aserto. Ahora bien ¿pudo Isasti apo-

(1) Orobat izandu zan emen jaioa olo beintzat jatarria General ospatsu On Miguel Lopez de Legazpi, Felipekar Ugarteen irabazlea.

yarse en algunos escritores coetáneos que hablaban de Legazpi como nacido en Legazpia? Mal podía hacerlo, pues su obra puede reputarse como la primera historia de Guipúzcoa ¿pudo acaso haberlo leído en algún documento, en el que constara de una manera clara y terminante? Lo dudamos, porque en el caso de ser esto cierto, hubiera hecho constar, máxime siendo él tan dado á aparecer erudito. ¿De dónde pues pudo tomar esa noticia? No lo sabemos. Lo que si conviene hacer constar es que Isasti se pasaba en ocasiones de ligero, falta imperdonable en un historiador, pero permítaseme al mismo tiempo que diga, que á pesar de los lunares que afean su obra, no creemos que deba rebajarse su mérito hasta el punto de decir «que hoy no tiene mas precio que el de una curiosidad bibliográfica» como lo ha asegurado algún escritor. No. Si la obra de Isasti hubiera sido tan despreciable, sus opiniones de tan escaso valor y sus errores tan notables, seguramente que su época le hubiera juzgado y los escritores que le siguieron en la tarea de escribir historia no le hubieran copiado. Hay pues alguna verdad cuando se dice que incurrió en errores. Hay prevención y mala fé para con él, cuando se le quiere retirar por completo el nombre de historiador y se le coloca en la categoría de un visionario.

Veamos ahora las razones que dicen que Legazpi es hijo de Zumárraga. Dos suelen aducirse principalmente como decisivas en la materia. La primera dice así. «El mismo Legazpi se declara hijo de Zumárraga al instituir un aniversario en la Iglesia parroquial de su pueblo» La segunda podemos convertirla á los términos siguientes. «Cuando nació Legazpi, el pueblo de Legazpia, no tenía existencia propia é indepen-

diente, pues no se eximió de la jurisdicción de Segura hasta el año 1613.»

Permítame el autor que aduce las dos pruebas anteriores el que le diga que ninguna de ellas, en el sentido en que aparecen redactadas, resuelve el asunto con la claridad que fuera de desear. Refutaremos en primer lugar la segunda de las razones expuestas que dice que en el tiempo en que nació Legazpi (año de 1503 ó 1505) no tenía el pueblo de Legazpia vida propia é independiente. Pero se pregunta ¿la tenía Zumárraga? Es casi seguro que nó, de donde si vale aquella argumentación, vale esta obra tan absurda, que saca como consecuencia que... tampoco nació en Zumárraga.

En efecto Zumárraga en esa época es casi seguro que estuviera unida ó anexionada con otros varios pueblos, á la Alcaldía mayor de Areria. Y digo que es casi seguro, pues aunque consta que éste pueblo obtuvo su independencia el año 1411, consta también que *luego* (sic) se vió en la necesidad de agregarse á la Alcaldía de Areria y aun admitiendo que éste *luego* de que habla Gorosabel se interprete por 50 ó 60 años, (que es un luego bastante largo) todavía quedaba en pié la dificultad, pues llegaríamos á una época en que se había anexionado á la citada Alcaldía de Areria (que coincidiría con la fecha en que nació Legazpi) y sin embargo no tenía, así como Legazpia, vida propia é independiente.

Por otra parte, la razón fundada en la independencia de un pueblo, no es suficiente para deducir que no había nacido en Legazpia. Porque unión ó anexión en el sentido en que se interpreta de los pueblos antiguos, no significa la pérdida completa de su personalidad. Así los que nacían en los pueblos anexionados, reputábanse hijos de los

misimos y nunca de aquellos á donde pertenecían en virtud de la unión. Además, de resultar esto cierto, pudiera afirmarse que Segura, villa tan privilegiada en aquel tiempo, fué cuna de infinidad de hombres ilustres, con mengua de otros pueblos que tendrían que privarse de esa gloria por las razones citadas.

Por esto habiéndolo otras razones que prueben mejor la tesis propuesta, deben desecharse esta clase de pruebas, porque producen siempre un marcado mal efecto, y, en el caso presente, indicaría la falta de otras más sólidas y firmes.

Hemos dicho que tampoco resuelve la cuestión la otra razón, propuesta en la forma que hemos copiado. En efecto, dice aquella «que Legazpi se declara natural de Zumárraga, al instituir un aniversario en la Iglesia parroquial de su pueblo.» No es verdad que Legazpi se declare hijo de Zumárraga, al instituir el aniversario, pues en la memoria que remitió á su hermano Joahnes y á la que se alude sin duda, no se hace mención del pueblo ni de la Iglesia ó si nó la copia que tengo á la vista, no es reproducción fiel de aquel documento.

Pero hay en esa razón algún fondo de verdad y és que esa memoria hace relación á otro documento, otorgado entre el dueño de la casa-palacio y el Cabildo eclesiástico de la villa de Zumárraga á 18 de Abril de 1596 ante D. Pedro Cortaberría, Escribano mayor de Areria, con ocasión de cumplir lo que se ordenaba en dicha memoria y fundar el aniversario que en ella se cita. En este documento, consta claramente y se declara que Legazpi es hijo de Zumárraga y sus padres vecinos de la misma villa.

Es, pues, indudable que el argumento ó prueba

deducido de ese escrito (no de la memoria de Legazpi) es de mucha fuerza, el mejor, el más positivo é incontrastable pues se refiere á tiempos en que todavía vivía Legazpi y no podía dudarse la cuestión, objeto de las presentes líneas, y por otra parte ningún interés especial podía haber en aquella época en hacer creer que hubiera nacido en Zumárraga. Además de esta razón, la mejor á mi modo de ver, militan en favor de Zumárraga otras varias, como son la continuación del aniversario en nuestros días y las fundadas en la autoridad. Descartados los dos autores citados, Gorosabel, (1) Soraluze, (2) Velasco, (3) Madoz, (4) Rivas, (5) Eche-
garay y otros escritores de reconocida competencia, le hacen hijo de Zumárraga. Y por si los citados no fueran bastantes, la Academia de la Historia ha probado con gran copia de datos esto mismo. No creo, pues, que después de lo dicho y por lo que alcanzan las investigaciones hasta ahora realizadas, pueda caber duda acerca de la patria de Legazpi. Puede Zumárraga, con razón gloriarse de ser la cuna de uno de los hombres más ilustres de la nación española. (6)

(1) Diccionario Geográfico de Guipúzcoa.

(2) Historia general de Guipúzcoa.

(3) Los Euzkaros en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya.

(4) Diccionario Geográfico de España.

(5) Historia eclesiástica.

(6) Es de lamentar que en el archivo parroquial de Zumárraga no se hallen las partidas de esta época. Las primeras empiezan cerca del año 1523 y son posteriores á Legazpi.





Don Nicolás Soraluce y Zubizarreta.



AL lado del puente divisorio de los pueblos de Villarreal y Zumárraga y frente al río Urola, está la casa llamada *Zabalocoa*. En ella nació el día de Diciembre de 1820 el historiador Soraluce. (1) Atendieron sus padres D. José Antonio y D.^a Catalina con toda la solitud de su cariño á la educación de su hijo, el menor de los nueve que habían tenido, cultivando su inteligencia y formando su corazón.

Gozaba á la sazón de reconocida fama y nombradía el maestro de primeras letras del inmediato pueblo de Villarreal, D. Pedro Guridi. De éste recibió su primera educación Soraluce, y entonces es cuando conoció y trató al después celebrado bardo Iparraguirre. Jóvenes los dos, entusiastas ambos del país que les vió nacer ¿quién pudiera adivinar lo que aquellos hablarían, qué lo que sentirían, qué impulso movería á aquellos dos corazones, á quienes no les cabía el amor que tenían á la vasconia? Cuando volviendo la vista hacia esta época de su vida y les veo correr juguetones, sencillos, sin ilusiones y después les contemplo á ambos

(1) Merecería el pueblo de Zumárraga la gratitud de todos los guipuzcoanos si acordara colocar en la fachada de la casa de su nacimiento una lápida que nos hiciera recordar á este historiador.

grandes, soñadores á los dos; el bardo inmortalizando el nombre del país vascongado en sus cantos y líricas estrofas; Soraluze trasmitiendo y presentando á las generaciones la legendaria historia nuestra, la de los héroes y hazañas incomparables; la de los combates y conquistas, no puedo menos de admirarlos con la admiración á que son acreedores los grandes genios y los grandes hombres.

Pero no divaguemos. Soraluze continuó un curso de latinidad con el referido maestro de Villarreal, dedicándose al propio tiempo al estudio de la música, para lo que mostraba una afición extremada y un gusto delicado y tierno. A los doce años se trasladó á Azcoitia, á proseguir sus estudios de latinidad, bajo la dirección del renombrado profesor D. Agustín Iraola, frecuentando desde esta época el trato de los PP. Jesuitas de Loyola, de cuyo trato y correspondencia nacieron, mejor dicho, se despertaron en él sus aficiones históricas y literarias. No pudo menos de llamar la atención de los PP. de aquel Colegio la asiduidad de aquel jóven, el entusiasmo conque devoraba las páginas de la historia, manoseaba manuscritos y escudriñaba los rincones de su biblioteca. Sucedió esto hacia los años 1832 y 1833. La guerra civil tomaba proporciones cada vez más alarmantes, siendo estas provincias el centro y baluarte de las operaciones carlistas. Jóvenes de la nobleza salían á la lucha desafiando los rigores del invierno y los azares de la guerra, los aldeanos dejaban sus arados por las armas, viejos, pobres, ricos, todos á porfía salieron al campo. También Soraluze hizo alguna escapatoria al campo de la guerra, con riesgo de su vida. Por esto su madre, aquel angel de paz del hogar doméstico, velaba constantemente por su hijo y con el fin de sujetarle y evitar los

peligros que corría, púsole en calidad de amanuense en casa del Escribano de Zamárraga don Miguel de Izaguirre. Vana pretensión. Soraluce, según el mismo nos lo confiesa, arrojó de sí todos aquellos mamotretos y ni asistía á la oficina, ni perdía ocasión para lanzarse á las filas del ejército.

La guerra; hé aquí su ideal. Pero su madre que presentía que de abandonar á su hijo á las aventuras de aquella lucha encarnizada, podía un día llorar su pérdida, sin poder recibir su última caricia, determinó enviarle á Francia. Ultimo esfuerzo de una madre, dolorosa separación pero siempre ménos dolorosa, que las consecuencias que podían resultar de la permanencia á su lado. Ya le tenemos, pues, á Soraluce, allende los Pirineos, estudiando el idioma francés, para luego embarcarse con rumbo á Buenos-Aires. Era el mes de Enero de 1838 cuando el buque *Guatimozin* se hizo á la mar, conduciendo entre los pasajeros á nuestro biografiado, que despedía á su patria con un adiós tierno y cariñoso y cuyo melancólico eco se perdería en las inmensidades del Occéano. Durante la travesía, trabó relaciones con un religioso, natural de Oyárzun, Fr. José Ignacio Arrieta, cuyos conocimientos en matemáticas, astronomía y geografía eran muy notables y de quien recibió saludables consejos, que acabaron de formar el corazón del joven Soraluce. A aquel religioso, debió, según nos lo confiesa él mismo, el que la ausencia de su país se le hiciera ménos dura y cruel, á él que la nostalgia que sentía por su inolvidable tierra se le hiciera más llevadera.

Soraluce luego que llegó á la República Argentina, se hizo apreciar por todos. No podía ménos de suceder así dado su caracter afable y cariñoso, su bondad sin límites, su honradéz sin tacha. Co-

mo caso que explica el caracter de Soraluze y el aprecio, estima y consideración que mereció siempre, citaremos un hecho ocurrido en Paraná el 30 de Septiembre de 1845. Era durante las guerras civiles tan frecuente en aquellas repúblicas. El audaz marino conocido por *El griego*, que navegaba en corso, apresó en el mismo puerto de Paraná hasta siete embarcaciones, cargadas con productos, que iban destinados á varios comerciantes de la plaza, uno de los cuales era Soraluze. Reclamó contra esta inicua expoliación, el Comandante general de Entre-Rios, Sr. Luso, pero de nada sirvieron sus ruegos ni sus esfuerzos; el corsario se resistía á devolverlos. En vista de su actitud, ordenó el Comandante general, que se reuniera la milicia y acudieran, á su vez, á la lucha todos los extranjeros armados. Soraluze acudió también al llamamiento, llevando consigo á un dependiente suyo, situándose en la parte alta de la Capitanía del puerto. Serían como las diez de la noche. El fuego de fusilería era terrible; por ambas partes se combatía con denuedo y valor. El corsario se había acercado á 150 metros de distancia, dirigiendo su fuego de artillería, principalmente hacia la posición que ocupaba Soraluze, que es de donde se le hostilizaba más vivamente, cuando cae una granada en su guerrilla, hiriéndole gravemente con fractura de la mandíbula inferior. La herida era grave y la vida de Soraluze peligraba, por lo que éste como ferviente católico, quiso que se le administrara el Santo Viático, para prepararse y disponerse bien ante Dios. Recibió este Sacramento con toda la devoción de un alma devota y creyente y fortalecido su espíritu, puso toda su confianza en Dios. En esta ocasión es cuando se pudo admirar y comprender las simpatías que gozaba

Soraluce. Pocas veces se había visto un acto más solemne, ni más conmovedor. La Ciudad entera acompañó al Viático, como también el citado general y la música de tropa.

Soraluce sufrió una dolorosa operación, que le practicó el médico-cirujano D. José Francisco Zabala, su amigo y conterráneo, pero desde entonces y á consecuencia de aquella herida, quedó resentido de la garganta. Como no acabára de curarse completamente y los dolores fueran en aumento, determinó volverse á su país y consultar su dolencia con el Dr. Toca, afamado médico-cirujano, natural de Vergara. Así, pues, en Junio de 1847 llegaba á Barcelona á bordo del buque *Restauración*, después de 10 años de ausencia. Practicóle la operación el Dr. Toca con mucho acierto y poco tiempo después se embarcaba de nuevo en el Havre, con rumbo á Buenos-Aires, en la fragata francesa *Paraná*. Ya le tenemos otra vez en Buenos-Aires, donde fijó su residencia y permaneció desde el año 1848 hasta el 1854, época la más grata de su estancia en América y de la cual datan sus aficiones y propósitos, para escribir la Historia de Guipúzcoa. En Mayo de 1853 venía por segunda vez á España, pero luego que hubo desempeñado su comisión de comprar algunas mercancías, que necesitaba exportarlas á la Plata, fuese nuevamente á Buenos-Aires, en el vapor *Pampero*. Por fin, por tercera y última vez regresaba á Europa en Junio de 1855, que fué cuando contrajo matrimonio con D.^a Josefa Bolla. Desde entonces empezó á trabajar, con todo empeño, en su obra de la Historia de Guipúzcoa, de que hablamos en su lugar.

Ocupó siempre puestos muy distinguidos y durante la guerra civil era primer teniente de Alcalde de la ciudad de San Sebastián, días cierta-

mente nada bonancibles, para ocupar un cargo tan comprometido. Ausentóse el Alcalde y hé aquí que Soraluze tuvo que sustituirle en el cargo en los días en que tenía lugar el sitio de Tolosa. Fueron muchos los servicios que en esta ocasión prestó, preparando camas y auxiliando á los heridos, sin que admitiera ninguna recompensa por tan importantes trabajos.

A consecuencia de aquellos asedios, encuentros y batallas, quedaron muchos prisioneros en poder de los carlistas, y Soraluze abría las negociaciones para canjearlos. ¡Era una obra humanitaria! Pero ¿cómo hablar al general carlista? Revolvió en su mente mil ideas, consideró atentamente las consecuencias que pudieran sobrevenirle de un paso mal dado, pensó, reflexionó y al fin dió con una idea salvadora. El se presentaría al general carlista D. Antonio de Lizárraga, Marqués de Zugarramurdi y le regalaría dos tomos de su Historia general de Guipúzcoa, excitando sus sentimientos de humanidad y religión. Así lo hizo en efecto, y lo que no se pudo hacer por otras vías, Soraluze consiguió por este medio tan sencillo como ingenioso.

Muchos fueron los títulos y honores con que fué agraciado. Era Presidente de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos de Guipúzcoa, Consul de la República Argentina y del Uruguay, individuo de la Junta de Beneficencia y de la de Instrucción pública, Académico correspondiente de la Historia y Caballero-Procurador, nombrado por el pueblo de Zumárraga para representarle en varias Juntas, habiendo rehusado en varias ocasiones otros honores, como cuando D. Amadeo en su visita á San Sebastián le quiso conceder una elevada distinción honorífica.

Después de haber trabajado por más de 30 años con una laboriosidad á toda prueba, con una constancia sin descanso y un amor desinteresado en favor de su país, una rápida enfermedad le llevaba al sepulcro el 19 de Octubre de 1884. Era el fallo de la Divina Providencia; había que respetarlo. Soraluze había sido destinado por el Altísimo para cumplir una misión sobre la tierra; él la había desempeñado. Dios le juzgaría y premiaría sus virtudes. También la patria le ha juzgado y reconocido sus méritos. La tierra recibió su cuerpo; el cielo recibiría en su seno aquella alma generosa y cristiana.

La casa solar y armera de Soraluze, existe actualmente en Idiazábal (antes de la jurisdicción de Segura). Hay además otras dos casas solariegas; una en Oñate y otra en Azpeitia, siendo sus armas sobre campo de oro un roble y un oso rampante.

El nombre de Soraluze lo vemos figurar ya en Guipúzcoa, en el siglo XIV, con motivo de la Real cédula, carta puebla dada por el rey D. Alfonso XI en el Cuartel Real de Algeciras, frente á la plaza, cuando el sitio contra los árabes, y firmada el 15 de Octubre de 1343, mandando, en premio de servicios prestados, que se formase en Guipúzcoa con los habitantes de Erlabia y Placencia, una villa libre y amurallada que llevase el nombre de *Placencia de Soraluze*. Dicha villa es la actual Placencia de las armas, que conservó su nombre de *Placencia de Soraluze*, durante varios siglos, según puede verse en el Fuero y los Registros de las Juntas.

Soraluce (escrito en algunas ediciones *Soriluce* y también *Loraluce*, aparece también en 1497 como cofrade fundador de la cofradía de la veneran-

da imagen de Nuestra Señora de Aránzazu con el nombre de Pedro de Soraluce. Asimismo existe un documento autorizado por el Escribano de número de Oñate D. Cristóbal de Soraluce de fecha 25 de Abril de 1682, en el que se refiere y dá testimonio de un hecho milagroso, acaecido en Aránzazu, por mediación de aquella Virgen en 3 de Febrero de 1679. (1) Pero indudablemente, de los individuos de éste apellido, el que más famoso fué, és Domingo de Soraluce (en los documentos aparece Domingo de Soria-luce.) compañero de Pizarro en la Conquista del Perú, y uno de los trece que no le abandonaron en la isla del Gallo, negándose resueltamente á seguir la conducta de los demás, que, pérfida y villanamente, querían dejarle sólo al bizarro militar. El documento donde se consigna éste hecho, fué hallado por el célebre historiador D. Martín Fernández de Navarrete, Director de la R. A. de la Historia á principios de éste siglo, y se titula «Capitulación entre la Reina de las Españas y Francisco Pizarro» y está fechado en Toledo á 26 de Julio de 1529. Entre otras concesiones que por el texto de dicho documento se hacen á Pizarro, hay una que declara y hace nobles é hijosdalgos, á los que no lo fueran entre los trece soldados que acompañaron al conquistador del Perú, cuando éste fué abandonado por sus tropas, y á los que eran ya de linaje, como *Domingo Soria-Luce*, los hizo *Caballero de espuelas de oro*; distinción muy buscada y solicitada en aquellos tiempos.

También por la línea materna de los *Zubizarretas*, tienen los Soraluces un linaje muy distinguido, como así aparece de la información de noble-

(1) Se conserva éste documento, Original en el archivo del Convento de Aránzazu.

za mandada sacar por las Juntas Generales á mediados de siglo; pero el historiador de Guipúzcoa, no gustó nunca de esta clase de distinciones y jamás se ocupó para nada de su abolengo.





LA OBRA DE SORALUCE.

MIENTRAS el hombre vive en esta mortal vida, ni su talento se aprecia cuál se debiera, ni su génio es comprendido y ni sus obras tenidas y reputadas en la medida de su valor é importancia. Los grandes talentos, los génios fecundos, las inteligencias más superiores, encuentran un enemigo que les haga frente y les haga descender del pedestal, á que por sus dotes y cualidades eran acreedores. La prevención y las preocupaciones de los unos, la envidia, pero esa envidia cruel y hasta criminal de los otros, todo converge y se pone á contribución, para oscurecerlos y envilecerlos. ¡Triste condición de la humanidad! ¡Triste, pero una realidad!

Necesario es que la fría losa de la tumba que sella y guarda su contraído cuerpo, caiga sobre el génio, para que las sombras que oscurecían su nombre se retiren, las nubes que empañaban su brillo se disipen, se deshagan los errores, las prevenciones se acaben y terminen. La crítica suele ser más sosegada y ménos incisiva, á la sátira mordaz y sañuda sucede el respeto, el respeto que inspira la tumba de los muertos.

Diez y seis años han pasado desde que la

muerte arrebató á Soraluze, tiempo suficiente para que al juzgar su obra podamos proceder con la imparcialidad de criterio que reclama esta clase de asuntos, desechando todo prejuicio y prevención, y evitando toda parcialidad.

Transcurrieron diez y siete generaciones, hasta que en Guipúzcoa se despertaran los deseos de consignar en los faustos de la historia las vicisitudes todas de su larga vida. Pueblo que tenía tan remoto como disputado origen, no podía abandonar en manos de la tradición, hechos tan memorables como famosos, combates tan atrevidos como sangrientos, conquistas tan audaces y temerarias. Precisábase recogerlos y darles la inmortalidad de la historia. Comprendióse y se lamentó la incuria de nuestros antepasados, y las Juntas de Zumaya y Guetaria, comienzan y emprenden este trabajo con todo empeño. No dieron, tal vez, estos primeros ensayos un resultado completo, pero fueron suficientes á avivar y excitar el interés por escribir la historia. Poco tiempo después, podía Guipúzcoa orgullosa presentarse ante el mundo entero, podía ostentar una historia y mejor que historia una continuada epopeya, porque este nombre y no otro merecen los hechos de una raza nunca vencida, este calificativo debe darse á las conquistas realizadas por Elcano y Legazpi, á los hechos de armas de Churruca y Oquendo, de Lezo y otros muchos.

Isasti, Iztueta, Larramendi, Garibay y Gorosabel. He ahí otros tantos nombres, de escritores que se encargaron de dar cima á la labor comenzada de escribir la historia del país vascongado. Habíase dado un gran paso, no hay que dudarlo, pero la historia de nuestro pueblo, como que empezó á escribirse en una fecha muy lejana á sus

principales acontecimientos, ofrecía ancho campo á la investigación. Era necesario depurarla de algunos errores, examinando las tradiciones, estudiando las instituciones, las creencias y dogmas; era necesario completarla. Este trabajo exigía una laboriosidad rayana en el heroísmo, una fuerza de voluntad inquebrantable, un amor sincero y extrañable á la patria vascongada, porque sólo el amor podía vencer y llevar á buen término tamaña empresa. Quien se haya dedicado á los estudios históricos con algún detenimiento podrá decirlo.

Esa fué la labor de Soraluze. De naturaleza privilegiada para esta clase de estudios, de actividad incansable é inagotable amor á su país, ahí está la obra de la *Historia de Guipúzcoa*, que será el mejor elogio y la mejor garantía de su valer é importancia. Hemos citado la primera de sus producciones, la que le ha granjeado el aprecio y estimación de todos, la que le inmortalizó. No creo extremar los elogios, cuando digo que esta obra fué la más completa y acabada de las historias de Guipúzcoa. Ahí está, el ilustrado continuador de la monumental obra del P. Henao que lo dice también, al asentar que es *sin duda la más importante* de las historias de Guipúzcoa.

La crítica había podido encontrar en ella sus defectos. Nadie está exento de ellos, y no son los más autorizados á afirmarlo, quienes nunca pasaron de los límites de una medianía. Pudo Soraluze tener sus defectos como escritor, pero la crítica no debe ver en él al literato, ni al escritor elegante y sí solamente al historiador veraz y conzienzudo, y bajo este punto de vista es mucha su valía. Así lo comprendió el país que le vió nacer; así las personalidades más salientes de la república de las le-

tras; así la Academia de la Historia que le nombró su miembro correspondiente; así su pueblo natal de Zumárraga que perpetuó su memoria, dando su nombre á una de las calles más principales; así todos los buenos vascongados que llevan su recuerdo en sus obras.

Pero no hemos de concretar en trabajo á esta producción, no. Aunque ella por sí sola pudo absorber la vida toda de un hombre, no obstante Soraluze, escribió otro buen número de obras. Recopiló los *Fueros de Guipúzcoa*, mereciendo que el pueblo de Zumárraga le designara para representarle en las Juntas de Guetaria, Zarauz, Segura y Azpeitia.

El folleto acerca del apellido Elcano es un trabajo lleno de erudición; la biografía de Legazpi, el Apéndice á su Historia general de Guipúzcoa, son obras que revelan una erudición tan vasta y colosal que causa asombro.⁽¹⁾

Infatigable desenterrador de las glorias de Guipúzcoa le llamó un ilustre escritor y ¡cuán perfectamente le cuadra éste nombre! Yo que veo á ese génio pasar por todos los azares de la vida, atravesando los mares, luchando en la guerra y regresando á su patria y después de todo esto contemplando su obra, no puedo menos de hacer más aquellas palabras y dedicarle este recuerdo, como tributo á su memoria.

(1) También redactó las bases para la unión de este pueblo con Villarreal —Se hallan incluidas en su Historia general de Guipúzcoa— Aunque de paso diremos que sus buenos propósitos no tuvieron el éxito que él se propusiera al redactarlas. Era ya tarde y la ocasión no era tampoco la más propicia, porque ambas villas habían adquirido ya personalidad propia, y porque habían pasado demasiados años para que no tuvieran conciencia de su historia y de su genealogía.



ALZOLA.

LA casa A'zola, según afirma Bethencourt en el «Nobiliario y blasón de Canarias» es originaria de la villa de Azpeitia, añadiendo después que procede de la casa-solariega Alzola, que, como es sabido, se halla en la jurisdicción de la villa de Zumárraga. No encontramos ninguna razón que venga á favorecer la opinión de dicho escritor, y si alguna pudiera aducirse al objeto de referir su procedencia á Azpeitia, sería la de que en las diversas agregaciones y segregaciones porque pasó la villa de Zumárraga en las distintas épocas de su historia, alguna vez pudo pertenecer á dicho pueblo; pero consta de una manera cierta que con anterioridad á la fecha de la declaración de la hidalguía y nobleza de la familia Alzola, no perteneció Zumárraga á Azpeitia. En la «Hidalguía de la casa de Alzola» que tengo á la vista, se hace constar claramente su procedencia donde dice textualmente: *«Estas son las armas del apellido y casa-solar de Alzola de arriba de la villa de Zumárraga en Guipúzcoa»* no habiéndose jamás puesto en tela de juicio éste origen. No obstante, he querido incluir la opinión de Bethencourt, para que no se me acu-

sara de haber procedido de ligero, aunque repetimos no nos merezca ningún crédito. Asimismo en el «Padrón Histórico de Guipúzcoa» se dice proceder de Zumárraga y en el «Diccionario Heráldico» se incluye la casa-solar de Alzola en la misma villa.

Por lo que respecta á la historia del linaje de Alzola en Guipúzcoa y más concretamente en Zumárraga, el dato más antiguo que hasta ahora he podido dar, es la concurrencia de Juan y Pedro de Alzola á la Universidad de Zumárraga, reunida en 1478 para la Concordia de Abendaño. Es pues, indudable, que casi en los comienzos de la fundación de Zumárraga, los Alzolas vivían en esta villa.

Habiéndose establecido D. Juan de Alzola, tercero de éste nombre en Sevilla, probó allí su hidalguía, en la que se hace constar *«que sus padres y abuelos eran hidalgos por ambas lineas y tenidos por tales sin haber contribuido jamás, ni pechado ni en dicha villa, ni en su jurisdicción.»* Casó con D.^a Leonor Fernández de Trujillo, trasladándose á principios del siglo XVI á Canarias, siendo tronco y cabeza de una notabilísima familia, que desde entonces forma parte de la primera nobleza de Canarias, hallándose igualmente emparentada con toda la grandeza de España y aun con las reales de Braganza y de Trastámara, ejerciendo sus individuos los cargos de Alcalde y regidores, mandando las milicias como caballeros hijos-dalgo y fundando ricos mayorazgos. En la dificultad de enumerar uno por uno cada uno de los hijos ilustres de esta familia, así como también el abolengo que creó, solo apuntaré aquí los más principales, remitiendo al lector á la obra titulada «Blasón de Canarias» ántes citada, donde se da noticia ámplia

y detallada de todo cuanto se refiere á esta casa.

Por el matrimonio de D. Pedro de Vergara Alzola y Lugo, regidor perpetuo de Tenerife (hijo del Licenciado D. Francisco Alzola Trujillo y D.^a Francisca de Lugo y Vergara, hija del Conquistador de Tenerife) con D.^a María de los Ríos Aguirre y Meneses, contrajo parentesco con la casa de los Marqueses de Villa Real y duques de Camiña en Portugal. En esta misma línea se halla emparentada con los fundadores de la nobilísima casa de Salazar en Canarias, hoy Condes del Valle de Salazar; con la Condesa viuda de Gomera, fundadores de la casa de Zelada; con la casa de los Sres. del Valle de Guerra en Tenerife; con los marqueses de Villanueva del Prado y los Pacheco-Solís.

Por el casamiento de D. Lucas Martín Alzola, (1.^o del nombre en la línea directa) con D.^a Francisca de Angulo Montes de Oca y Torres (hija mayor de D. Diego Martín de Angulo) enlazó con los antiguos señores de Alizné, con los duques de Alba y Huescar, con los duques de Almodovar, con los Marqueses de Villaseca y de la Vega de Armijo, con los Condes de Lemos y de Amaranto, con los marqueses de Castelar, con los Condes de Altamira y de Aranda, con los duques de Abrantes con los de Cadaval y Condes de San Lorenzo y de Sabugosa en Portugal, con los duques de Granada de Ega y con toda la gran familia de los Fernández de Córdoba en sus diferentes ramas de los Marqueses de Priego y duques de Medinaceli, de los duques de Lerma y de Baeza, de los Condes de Cabra y Alcaudete, de los marqueses de Gualdalcazar y de Comares.

En D.^a Constanza Angulo (hermana de D. Diego López de Angulo, señor de Alizné, vasallo del

rey y veinticuatro de Córdoba, padre común de las grandes casas arriba mencionadas y de la de Alzola y Angulo en Canarias) tuvo fuera de matrimonio á D. Fadrique de Castilla, gran Maestre de Santiago, hermano del rey D. Enrique II á D. Pedro de Castilla, célebre Conde de Trastamara, de Lemos y Sarria, Condestable de Castilla que fué tronco de los antiguos duques de Braganza, *los reyes de Portugal y de otras muchas casas reales de Europa*. Véase, pues, por la anterior relación, que sin ir muy lejos, la familia y linaje de Alzola, tiene un parentesco y abolengo de los más aristocráticos y esclarecidos, que llega hasta las familias reales de Braganza y de Trastamara y con toda grandeza de España.

Por fin; por el enlace de D.^a Catalina de Alzola y Trujillo (hija de D. Lucas Martín y D.^a Francisca, ántes citados) con D. Diego de Alvear primero, y después con el maestre de Campo D. Martín del Hoyo Solorzano y Calderón, descienden los Marqueses de la villa de San Andrés, Vizcondes del Buen Paso y señores del Valle de Santiago, los Marqueses de Villa Fuerte y los Condes del Valle de Salazar ya indicados. Asimismo tiene un parentesco bastante próximo con los Marqueses de Fuente de las Palmas, la casa Benitez-Lugo etc etc.

Han ejercido los individuos de ésta familia cargos muy importantes en aquellas islas en la milicia representando al rey de España en calidad de Adelantados mayores de Canarias etc. Para que pueda verse la preponderancia que tuvieron los individuos de esta familia, trasladaremos á éste lugar un párrafo tomado del repetido Bethencourt. Refiérese de D. Pedro Vergara Alzola Fonte de Castillo, Oidor que fué de la real Audiencia de Canarias, corregidor de Guadalajara, Alcalde mayor;

del Consejo de S. M.; Consultor del Santo Oficio de la Inquisición y docto ministro que *mereció la confianza de S. M. hasta el punto de que le eligiese para ser juez en su propio país contra costumbre porque (dice el monarca) ningun motivo sería poderoso á torcerle la voluntad en la administración recta de la justicia*, y el Cabildo de Tenerife acordó que por la mucha obligación que le debía la isla, por haberse ocupado en servicio de S. M., se le haga un regalo, *que importe hasta mil reales y se le haga una fiesta de toros en uno de los días de Carnestolendas.* (1)

De su generosa piedad y religión, son testimonio y prueba los Conventos de San Sebastián, del orden de San Agustín y del Espíritu Santo, del orden de San Francisco de la villa de Icod, fundación de los Caballeros de éste linaje en 1585 y 1646 y patronato respectivamente de la casa Beniter de Lugo-Alzola y de los Marqueses de la villa de San Andres.

Son sus armas en campo de oro sobre una terraza al natural el lobo pasante de sable, armado y lampasado de gules, cubierto de una reja de azur, en jefe tres panelas de sinople.

Estas «dice la Hidalguia de la casa Alzola» se hallaban también en las banderas del Puerto de Saracón, al lado de las Reales y las usa el Marqués de Fuente y Palma, D. Lucas Alzola y la principal nobleza de Canarias, y estas son también las armas del apellido y casa-solar de Alzola de la villa de Zumárraga en Guipúzcoa, de los que podrán y deberán usar sus descendientes.

(1) También en Guipúzcoa, han jugado un papel muy importante los individuos de esta familia.—D. Ignacio Alzola, padre del distinguido hombre público D. Pablo Alzola, fué Alcalde de su pueblo natal de Zumárraga y Diputado de partido. En la invasión de la República Francesa y cuando á raíz del movimiento separatista que dirigido por la Diputación de Guetaria protestó la provincia contra los invasores, uno de esta familia (el padre del primero) representó á la colación de Zumárraga en Mondragón.



AREIZAGA DON JUAN. (1)



A casa solariega de este apellido, hállase enclavada en la jurisdicción de Zumárraga. Entre los individuos de esta familia, se cuenta al clérigo D. Juan de Areizaga, célebre por su valor y heroicidad. Sabeedor éste de que en Sevilla se reclutaba gente para una expedición á las Américas, dirigióse á esta ciudad, donde vino en conocimiento de que en la Coruña se aprestaba un navío que había de marchar á las Molucas, siendo el vascongado Elcano, jefe de la expedición. Unióse Areizaga á ellos en calidad de capellán, á bordo del patage *Santiago*. Completaban el resto de la expedición, la capitana *Santa María de la Victoria*, la *Parral* y *San Lesmes*. Desde el día 26 de Mayo de 1526 en que se hicieron á la mar, hasta el 1.º de Junio del mismo año, continuaron unidos su viage sin el menor contratiempo. Más á consecuencia de un fuerte temporal que sobrevino, perdiéronse de vista unos de otros, y hallóse el *Santiago* en medio de los mares sin recursos ni provisiones. Eran 50 las personas que iban á bordo de este patage y lo único de que disponían, eran cuatro quintales de bizcocho polvo y ocho pipas de agua.

(1) Si bien el libro de donde tomamos las notas relativas al clérigo Areizaga no dice que sea natural de Zumárraga, no obstante, autorizados escritores corroboran nuestra opinión de suponerle hijo de éste pueblo.

En tal apuro, determinaron ir á proveerse á la costa que el capitán general Hernán Cortés tenía descubierta y poblada á espaldas de Nueva España; pero sus cálculos no tuvieron el éxito que deseaban, pues aunque en aquel gran golfo hallaron diversidad de aves, no encontraron peces. Variaron entonces de rumbo y el día 11 de Julio divisaron una isla. El día 12 recaló el buque á la costa, donde vieron humo y mucha gente que se dirigía hacia donde iba el patage, y éste fondeó á un cuarto de legua de tierra. Como no tuvieran una miserable lancha que pudiera conducirlos al puerto, se hicieron á la vela, y el día 20 llegaron á una pequeña isla que ellos llamaron de la Magdalena, donde fondearon. Otro día, volvieron de nuevo á hacerse á la vela, y el 25 de Julio surgieron cerca de un cabo gordo en 15 brazas sobre arena limpia.

Precisábase que alguno saliese á tierra, y á este efecto acordaron que amarrando con chicotes una caja, se metiese uno en ella y llegase á la costa. El clérigo D. Juan de Areizaga, (primo del capitán Santiago de Guevara) se ofreció á ello, y aunque sus compañeros de expedición se opusieron, no hubo manera de que se le hiciera desistir de su empeño. Dijo que quería exponerse por la salud de todos; y encomendándose á Dios, se metió en calzas y jubón, con una espada, llevando además tijeras, espejos y otras menudencias para engañar á los indios porque no lo matasen y comiesen.

Al poco tiempo de hacerse á la mar, metido en su caja, volcó ésta y Areizaga se vió en grande apuro. Estaba á punto de ahogarse, cuando cinco indios que le vieron en situación tan desesperada, se echaron al agua y le sacaron á tierra medio muerto. Hecho ésto se apartaron los indios y no

le hicieron más caso. Areizaga, después de media hora, volvió en sí é hizo señas á los indios para que se le acercasen, pero éstos en lugar de aproximársele, se echaban en el suelo y abrazaban la tierra. Creyó el clérigo que lo que hacían era en señal de paz y amistad y repitió la operación de aquellos. En ésto, varios indios entraron en el agua, sacaron la caja y lo que en ella había y lo pusieron al lado del clérigo. Quiso éste darles algunas de las cosas que la caja contenía, más los indios le rehusaron, haciéndole señas para que á ellos siguiese. Areizaga ciñó su espada y se fué con los indios, llevando uno de éstos en la cabeza las cosas de rescate.

Caminaron un buen trecho hasta perder de vista el *Santiago* y pronto se hallaron frente á una población, con muchas torres y florestas. Salieron de ella más de 20.000 personas, todas armadas de arcos, razas y flechas y delante venían más de doce mil hombres, que abrían el paso. Llegados que hubieron á la población, les esperaba un señor, á la sombra de un árbol. Dijéronle que aquel era el *cacique* de la población y Areizaga se entendió con él por medio de señas. Vió entonces hincada en tierra una cruz de palo, y el *Señor* señalándola dijo: *Santa María*. El clérigo, con las lágrimas en los ojos, adoró la cruz, que nueve años hacía, habían puesto los cristianos en aquel lugar, en medio de la admiración de todos los indios que respetuosos observaban aquella ceremonia.

Después de esto, condújole el *Señor* á un gran palacio donde le dieron á comer escogidas viandas que Areizaga agradeció mucho, y este á su vez le obsequió con las cosas de rescate que llevaba, de lo que el *Señor* recibió mucho placer. Como Areizaga conociera la apurada situación en que, á falta

de víveres, se hallaban sus compañeros de expedición, rogó al *Señor* se sirviera prestarle algo que comer, á lo que accedió de muy buen grado, mandando traer tres venados y otras provisiones. El clérigo dió voces á los de á bordo desde un cerri-
llo, anunciándoles que era buena tierra y que había mucho que comer y que no dieran lugar á la desesperación sino que estuviesen alegres. Al recibir ésta noticia, no cabían de gozo, y dispararon toda la artillería en señal y demostración de su alegría y contento. El *Señor* y los indios, apenas escucharon el estallido del cañón, cayeron en tierra amedrentados, pero Areizaga que no pudo ménos de reirse de aquel extraño caso, les dijo que no tuvieran miedo; y volvieron todos al pueblo por ser imposible llegarse á bordo á causa de la marea. Pasó la noche en casa del *Señor* quien se esmeró en agasajarle, preparando una buena cena y destinándole un aposento esterado.

Al día siguiente volvieron á la costa el cacique y el clérigo acompañados de más de 10.000 indios; tres de éstos llegaron á nado á bordo del *Santiago*, y trajeron tres barriles vacíos y el chicote de un cabo amarrado al barco; el cacique y el clérigo cogieron del cabo para venirse á bordo y á su alrededor y á nado, iban más de 500 hombres, que llevaban en los barriles y aun en las cabezas abundantes provisiones.

Al día siguiente, se desembarcaron en una balsa que formaron los indios; los castellanos hicieron en la costa varias chozas donde fueron regalados por la gente. El clérigo, el capitán y otros seis allegados junto con el señor fueron al palacio de éste, mientras los otros quedaban en la playa. Cinco días estuvieron con ellos y los indios se deshacían por obsequiarlos, bailando delante de ellos y ha-

ciendo otras fiestas. Entretanto el cacique, sin dar cuenta á los castellanos, mandó llamar á un Gobernador cristiano que estaba distante de allí unas veinte y tres leguas, y al cuarto día volvieron los mensageros que había enviado, diciendo que al día siguiente vendría. Así sucedió en efecto; al quinto día de hallarse entre aquella gente, vieron que se venía hacia ellos un cristiano en una hamaca, llevada por doce indios y en medio de un numeroso gentío. Era el Gobernador de aquella tierra.

Recibió éste á los castellanos con muchas demostraciones de afecto; los españoles diéronle cuenta de su navegación, y de su deseo de saber en qué tierras se encontraban. Díjoles el Gobernador que era tierra de la Nueva España y que diesen gracias á Dios que los había traído á ella donde nada les faltaría. Dicho esto se retiraron, siendo en adelante mejor atendidos todavía que ántes lo fueron.

Manifestó el Gobernador su parecer de que el capitán Santiago de Guevara fuese á Méjico, que distaba de allí 150 leguas donde Hernán Cortés le proveería de todo lo que necesitase y que entre tanto él tendría consigo la gente del *Santiago* y la regalaría; pero como el capitán se hallase enfermo de modo que creía no poder llegar vivo, se acordó que fuese á Méjico el clérigo Areizaga. Conviene hacer constar que la ciudad en que se hallaban se llamaba Macatán y la otra donde residía el Gobernador, Tecoantepeque.

El día 31 de Julio, salió Areizaga de Tecoantepeque y después que llegó á Méjico hizo relación de todo á Hernán Cortés, quien le recibió y trató muy bien.

Hasta aquí llega la relación, que hemos hallado escrita, del heróico y piadoso Areizaga. Por ella se vé cuán digno es su nombre de que halle cabida en esta relación, y de que la posteridad le recuerde por su valor y heroicidad.





OTROS HOMBRES ILUSTRES.



EN el libro titulado «Vida de algunos claros varones guipuzcoanos de la Compañía de Jesús»⁽¹⁾ se incluye al P. Juan de Abarizqueta, nacido en esta villa, el año de 1679. Trae una biografía bastante extensa, de la cual extractaremos los principales puntos. Después que hubo pasado el noviciado en Villagarcía y estudiado Filosofía, enseñó esta facultad en Oñate, hasta que la obediencia le mandó ir al Colegio de Salamanca el año de 1716. Distinguióse aquí por su piedad, ocupándose en la asistencia de los enfermos, oyendo confesiones y restituyendo á la buena vida á tanto jóven descarriado. Pero donde mostró más su fervor, fué en las misiones y principalmente en las de Sayago y Batuecas que tomó á su cargo. Dejaba á los pueblos tan enmendados y devotos, como á quien se le habían abierto los ojos, para conocer los daños del pecado y apreciar la gracia divina. La práctica de las misiones le hizo conocer el corazón humano y su debilidad, por lo que escribió muchos libros, folletos y hojas, vidas de santos, ejercicios de San Ignacio, máximas y pensamientos piadosos, enca-

(1) Página 169 - edición de 1870 - Tolosa.

minados todos á que sirvieran en adelante de norma en la reforma de la vida.

En su afán de conquistar almas para Cristo, no perdonaba á medio alguno que á su alcance estuviera, para alcanzar sus deseos y aun en alguna ocasión apeló á la autoridad de los jueces y superiores. Por tan justa causa, no le faltaron disgustos, como el que vamos á referir. Cierta vez se le entró en la estancia un hombre furioso, colmándole de vituperios. El P. Juan escuchóle con paciencia sin alterarse para nada. Cuando hubo concluído aquél le dijo: *¿Eso no más? Si usted me conociera, diría mucho más de mí.* Continuó el hombre, desahogando su cólera, y el P. tan amable y benigno le acompañó hasta la puerta de la salida, pagando con caricias su audacia. Bastó este acto, para que el otro se conmoviera y como quien sale de un profundo sueño, volvióse en sí, y al día siguiente tornó á pedirle perdón.

Padeció tres enfermedades graves. La última fué á consecuencia de una terrible caída que sufrió en las Batuecas, cayéndose por un precipicio y fracturándosele las costillas. En medio de los dolores solo decía: *¡Ay Jesús! buena la ha hecho el diablo; ha desbaratado la mision que era lo que más le afligia.* Eran tantas las ocupaciones que tenía, que se veía precisado á rezar el oficio divino por la noche, robando tiempo al descanso y recreo. Levantábase á las tres, y algunas veces á las dos ó la una de la madrugada, y se tiene por averiguado que por mucho tiempo no durmió en la cama, sino en la silla; parco en el comer, mortificábase en cuanto le permitían sus fuerzas.

En la última enfermedad, costó trabajo el reducirles á que se acostara, respondiendo á los que así le instaban, que no podía estar ocioso, ni sin

hacer alguna cosa buena y que el oír confesiones le servía de alivio. No obstante su resistencia y oposición obligósele á guardar cama y como él conociera que se le acercaba el momento más dichoso para él, el momento de la muerte, se dispuso recibiendo con toda la devoción de su fervor los santos sacramentos, entregando su alma en manos de su Criador, el día 20 de Julio de 1729, á los 50 años de edad, 30 de compañía y 13 de profesión. El obispo Escalona, decía de él, haber sido hombre de espíritu verdaderamente evangélico y el intendente D. Rodrigo Caballero, que con el P. Abarizqueta se había sepultado el celo de Elías y el insigne perseguidor de todos los desórdenes. El P. Alonso Afuentes, rector del Colegio de Salamanca, imprimió su carta edificante.

También cuenta entre sus hijos á *Martin de Gurruchaga* Contador, que, siendo guia de las galeras de las Filipinas, pereció con su enemigo á los 36 años de su edad. He aquí como sucedió este caso. Peleaba en el puerto de Macao con el enemigo olandés, cuando un alférez, que había sido ya vencido, saltó á la mar con su bandera, por no entregarla ignominiosamente en vida. Gurruchaga corrió tras él y en la lucha perecieron ambos trágicamente. Asimismo «fué natural de Zumárraga *María Aranzadi*, abuela del Condestable D. Alvaro de Luna y del Arzobispo de Toledo D. Juan Cerezuelo, habiendo nacido en la casa solar de Urantzadi (Aranzadi) sobre el rio Urola». (1)

(1) Así consta en el Diccionario Geográfico de Madoz.

Índice

	<u>Pág.</u>
Noticia histórica de la villa de Zumárraga.	7
Lo que és en la actualidad el pueblo de Zumárraga.	17
Pleitos que ha sostenido con otros pueblos.	22
La ermita de Santa Isabel y la actual pa- rroquia de Santa María de la Asunción.	31
D. Miguel López de Legazpi, Conquista- tador de las Islas Filipinas.	39
Disquisición acerca del pueblo de naci- miento de Legazpi.	54
D. Nicolás Soraluze y Zubizarreta.	60
La obra de Soraluze.	69
Alzola.	73
Areizaga D. Juan.	78
Otros hombres ilustres.	84

~~~~~

